

## CAPITULO XXI.

Los cadetes.

—Pues señor, me huelen mal estas contestaciones entabladas hace dos días entre nuestro general y el jefe de las fuerzas contrarias.

Decía un cadete á Ramirez y otros varios que almorzaban alegremente al rededor de una mesa provista de botellas de buen vino.

—Sí;—contestó otro, apurando una copa de Jerez—parece que Barradas se inclina ya mas á una capitulacion honrosa, que á continuar escuchando el silbido de las balas.

—¿Y qué quereis que haga, si no llega el ejército de reserva como se nos habia prometido?

Añadió un tercero.

—¿Qué? morir, como moriremos nosotros en la Barra:—contestó Ramirez inflamado de noble patriotismo.—El valiente jefe D. Luis Vazquez que allí manda, ha contestado que él no entrará en convenio ninguno, mientras no se haya defendido hasta el último extremo.

—Brindemos por el coronel Vazquez.

Exclamó uno llenando la copa.

—Brindemos.

Contestaron todos; y apuraron los vasos.

—Pero ¿cómo os habeis atrevido—les preguntó uno á Ramirez, á un tal Ortega, y á otro conocido entre ellos por Cupido—á venir del fortin á Tampico, estando defendido el Paso de Doña Cecilia por las tropas mexicanas, interpuestas entre uno y otro sitio?

—Confiado, contestó Ramirez, en unos capotes de paisanos que nos pusimos sobre el uniforme, y en que estarian demasiado entretenidos en sacar las piezas del lodo en que debe haberlas enterrado el espantoso huracán que hoy parecia anunciar el fin del mundo.

—¿Y en la Barra ha sido lo mismo?

—Tanto, que nos vimos precisados á abandonar el fortin por un momento, para salvarnos del mar cuyas olas caian como otro diluvio sobre nosotros.

—Pues para un baño de agua—añadió Ortega:—no hay mejor que un sol de vine.

—Es verdad.

Contestaron los demas volviendo á llenar los vasos.

—Compañeros;—dijo Ramirez poniéndose en pié, y dejando ver en su rostro juvenil el fuego del patriotismo.—Brindemos por la patria, y porque nuevas batallas vengán á sacarnos de la inaccion en que estamos.

—¡Bravo!

Exclamaron todos, y apuraron los vasos.

—¿Qué te parecen los mexicanos, Ramirez?

Dijo uno despues de agotar una copa de Valdepeñas.

—Que se baten perfectamente y que por lo mismo les quiero.

—Y eso que la mayor parte de las tropas

que hasta ahora se han presentado pertenecen á las milicias.

—Los valientes demuestran el temple de su alma lo mismo como soldados que como voluntarios; y si cierto es que los primeros cuentan sobre los segundos las ventajas de instruccion, de disciplina, obediencia y rapidez en la evoluciones, en compensacion los voluntarios tienen sobre aquellos la cualidad de no decaer por los reveses, y de presentar una accion tras otra sin que las derrotas rebajen en lo mas mínimo el fuego del entusiasmo.

—Compañeros, si nos entretenemos tanto en la conversacion, las botellas recibirán un desaire que lo sentirán nuestros estómagos. ¡Ea! otro asalto á ellas, y pasemos á tragos estos instantes que nos deja descansar el enemigo.

—¡A ellas, pues!

Gritaron los alegres cadetes vaciando el licor en los vasos.

—¡Brindo porque en tanto que conferencian nuestro general y el contrario, se de-

jen ver en la ciudad algunas lindas muchachas.

—¡Bravo!

Exclamaron todos.

—Brindo—dijo Ramirez chocando su copa con la de sus compañeros—porque en la primera accion que tengamos, alcancemos con nuestro valor y nuestra sangre, un grado en la honrosa carrera de las armas.

—A ese brindis nos adherimos con toda el ama.

Dijeron los entusiastas jóvenes vaciando completamente las copas.

—Pero, dispensadme, compañeros—interrumpió Ramirez—un antiguo camarada me está esperando en el cuartel, y voy á cumplir con él para volver á gozar de vuestra compañía.

—Es un valiente y simpático joven este Ramirez.—Dijo uno de los cadetes en cuanto aquel salió á la calle.—Jovial en su trato, franco con sus amigos, alegre en el cuartel y bravo en el campo de batalla, se hace querer de todos.

—Y dicen que su tio fué un rico comer-

ciante de México, que entre otras desgracias tuvo la de que le robaran una hija, hermosa como una Vénus.

—¿Será la joven aquella que se encontró con Ramirez en el hospital de Altamira?

—Lo ignoro. ¿La viste tú?

—Como que entré al edificio al lado de Ramirez.

—¿Y era guapa?

—Capaz de incendiar el corazon de un beato.

—¿Y qué hacia allí?

—Parece que habia ido á visitar á un capitán herido con quien dicen si tenia ó no relaciones.

—¿Y no te acercaste á ella para ampararla?

—Iba á hacerlo, pero ví á Ramirez aproximarse á la joven lleno de afan, y no quise interrumpir la animada conversacion á que se entregaron desde el instante mismo.

—¿Y no sabes si era su prima?

—Nada llegué á saber, porque á poco tocareon llamada y corrí á formar dejando todavía allí á Ramirez.

—¿Y despues no le has preguntado?...

—Nada; mi poca curiosidad me hizo olvidar pronto aquel asunto. Sin embargo, el ver que se quedó ella en Altamira, me hace creer que no es D. Andrés su padre, pues de lo contrario hubiera venido á nuestro cuartel general.

—¿Y si estaba casada con el hombre que dices se hallaba herido?

—Tienes razon; no habia reflexionado en ello.

—Señores—dijo entrando un mozo que habia estado sirviendo la mesa—ahí fuera está una señorita que pregunta por el Sr. Ramirez.

—¿Una señorita!....

Exclamaron á una voz todos los cadetes dejando la mesa y acercándose al mozo llenos de alegría.

—¿Y dices que pregunta por Ramirez?

Agregó aquel á quien por aficionado á las hijas de Eva le habian puesto sus compañeros Cupido.

—Sí señor.

—Dile que pase.

—Está muy bien.

El mozo se fué, y los festivos militares se quedaron esperando la llegada de la jóven.

—¿Quién será?

Dijo uno arreglándose el pelo con la mano y colocando con gracia los cordones de su uniforme.

—De la calidad del género no puedo hablar—contestó otro;—pero respecto á figura, estoy seguro de que es *bocato di cardinali* cuando ha puesto en él los ojos Ramirez, que es el pollo de mejor gusto que he conocido respecto á las hijas de Eva.

—Vamos, bien digo yo—agregó un tercero—que es el hombre mas afortunado que viene en la expedicion: mientras otros no hemos visto ni rastro, ni retrato, ni nada que se parezca á mujer, á él se le presentan bellos originales, no solo á quienes seguir, sino que le buscan.

—Y apuesto á que esa jóven pertenece á una de las principales familias.

Aventuró uno que hasta entoces habia permanecido callado.

—Puede ser muy bien.

Contestaron varios.

—Pues yo digo—interrumpió Cupido— que una jóven que viene á buscar á un hombre á una casa extraña, no puede ser mas que una de tantas que andan comerciando con su hermosura.

—Tienes razon.

Exclamó uno.

—Sin duda debe ser una de esas caritativas que andan á caza del bolsillo de los incautos.

—Alguna á quien citó en sitio retirado de aquí, y que aburrida de esperar viene á buscarle.

—Por eso sin duda nos dejó pretestando que iba á ver á un camarada.

—Silencio que oigo el erugir del vestido.

Y efectivamente era así, porque á poco se presentó una mujer cubierto el rostro con el velo de una rica mantilla que, al encontrarse con aquella reunion de jóvenes, se quedó quieta y sorprendida cerca de la puerta.

Los cadetes le suplicaron que tomase asiento.

—Mil gracias:—contestó la encubierta con agradable acento:—me habian dicho que estaba aquí el Sr. Ramirez.

—Y no le han engañado á vd., señorita:—dijo con el mayor aplomo el cadete á quien sus compañeros denominaban Cupido.—Yo soy Ramirez.

—¡Usted!...

Exclamó sorprendida la tapada.

—Para servirla en cuanto ordene.

—Le agradezco infinito; pero el nombre de la persona que busco es Rafael.

—Precisamente me llamo Rafael.

—¡Tambien?

—Tambien.

—Pero el jóven á quien me contraigo es un cadete.

—¡Y no le dicen á vd. los cordones de mi uniforme que soy cadete?

—¡Funesta casualidad!—exclamó la mujer.—Y sin embargo, no es vd. el hombre que busco.

—Pues en el ejército expedicionario no hay mas Rafael Ramirez que yo.

—Entonces, permítanme vdes. que me retire, porque sin duda he confundido su nombre.

Y la encubierta se dispuso á salir.

—No, no podemos permitir que salga vd. sin haber descansado un rato, y haber tomado alguna cosa en nuestra compañía.

Dijo Cupido poniéndose en la puerta para impedir la salida.

—Sí, es preciso que tome alguna cosa.

Exclamaron los demas, llenando cada cual una copa y presentándosela á la encubierta.

—Señores, les agradezco el obsequio, pero no puedo admitir nada: tengan vdes., pues, la bondad de dejarme salir.

—Vamos, dejemos á un lado las ficciones que cuadran mal con gentes que ya están curadas de espanto, y marchemos al grano.

Exclamó Cupido que estaba algo calamocano de tanto vaciar copas, creyendo que la calificacion que habia hecho de aquella

mujer cuando se hizo anunciar, era en su concepto la única acertada.

—Yo creo—añadió—que para vd. lo mismo es que se llame Ramirez que Fernandez, y que teniendo el bolsillo expléndido...

Y el cadete trató de tomarla una mano.

La encubierta, que creyó comprender el desventajoso juicio que aquel hombre habia formado de ella, le envió al través de la mantilla, una de esas miradas terribles que reflejan la indignacion de un corazon que se cree ofendido en lo mas delicado de su honra.

—Caballero—exclamó con entereza y dignidad—jamás creí que me veria obligada á recordar á un militar español, el respeto y los deberes que todo hombre bien nacido está obligado á guardar con las damas.

—¡Magnífico!... ¿no lo dije? Compañeros, es una Lucrecia.

Dijo el cadete soltando una careajada, que indicaba bien lo poco que creia en la dignidad de aquella mujer.

—Y vd. es un atrevido que desconoce la urbanidad.

—Pero que al fin acabará por entenderse con vd.; ¿no es verdad, pichona?

—Caballero, me está vd. ofendiendo; y espero que no tendrá vd. la descortesía de impedirme la salida.

—Déjala marchar, puesto que lo desea.— Dijo Ortega, que habia creído ver en el aire y las palabras de aquella mujer, sentimientos de verdadero honor.—Para chanza basta y sobra con lo que ha pasado.

—Sí; estamos porque se la deje marchar.

Añadieron los demas, que ya empezaban á cansarse de una escena que habia tomado un giro muy distinto del que ellos habían creído tendria al principio.

Cupido miró á sus compañeros, y notando en sus rostros el desagrado que les causaba su terquedad, creyó prudente no insistir mas, y dijo á la encubierta con burlesco rendimiento.

—¿De veras quiere vd. abandonarnos?

—¿Lo duda vd?

—Bien, no hay que incomodarse; no la detengo; puede vd. salir cuando lo tenga vd. por conveniente á su recato y su pudor.

Y el cadete echó otra carcajada, y se hizo á un lado de la puerta en que habia permanecido, para que saliera la tapada.

Esta iba ya á poner el pié en el dintel, cuando Cupido, que se habia propuesto no acabar aquella escena sin algun rasgo que le distinguiera entre sus camaradas, exclamó acompañando la accion á la palabra.

—Pero no será sin que primero le véamos el rostro.

Y le levantó el velo sin darle tiempo á nada.

La encubierta dió un grito.

—¿Es la de Altamira!

Exclamó uno.

—Y el que ha levantado su velo, es un cobarde, indigno de ceñir espada.

Dijo indignado Ramirez que llegaba en aquel momento, y que habia visto la villa en la accion de su compañero de armas.

Este echó mano á la espada al verse insultado.

Ramirez desenvainó la suya.

Los cadetes se arrojaron sobre uno y otro para evitar una desgracia.

—Dentro de dos horas te espero, donde dice este papel.

Dijo Cupido arrancando una hoja de su cartera, en que trazó con lápiz un nombre, y dándoselo á Ramirez.

—No faltaré.

Contestó el sobrino de D. Andrés guardándolo.

Aquel salió á la calle seguido de varios compañeros que trataban de calmarle, y arrojando sobre su contrario una mirada de venganza.

Los demas volvieron á acercarse á la mesa para dejar en libertad á la jóven y Ramirez.

—Yo soy la causa, señor Ramirez, de este desagradable incidente, cuyas consecuencias quisiera evitar á todo trance.

—Nada tema vd.

—Pero tengo con vd. una deuda de gratitud, y venia á pagarla: vd. me defendió en el hospital de Altamira de aquellos soldados que trataron de ofenderme, y yo quieró salvar ahora su vida que está en peligro.

—¿La mia? ¿pues qué, hay algun malvado que atente á ella?

—No, pero vd., si no me han informado mal, está en la Barra, y solo ha venido á la ciudad por cortos instantes.

—Es cierto; estoy en la Barra, y deberé ir á ella al caer el sol, valiéndome del mismo disfraz que he traído.

—Pues bien, yo he venido á decirle, á suplicarle á vd. que no vaya, si en algo aprecia su existencia.

—¿Por qué?

—Porque allí espera la muerte á cuantos guarnezcan el fortin.

—¿La muerte?... explíquese vd.

—Usted no ignora que Barradas y Santa-Anna están en conferencia sobre la manera de entregar Tampico evacuándolo las tropas españolas.

—Lo sé: las contestaciones empezaron el dia ocho, y parece que hoy quedarán definitivamente arreglados los artículos de la capitulacion.

—Pero vd. sabe que ese arreglo que se debia haber terminado para las cuarenta

y ocho horas, es decir, á las ocho de esta mañana, no ha tenido efecto por no haberse presentado en el cuartel general mexicano, sin duda por causa del temporal, los oficiales españoles Salomon y Salas.

—Nada de eso ignoro.

—Pero si ignorará vd. que Santa-Anna, libre para obrar por haberse cumplido el plazo, ha jurado tomar á sangre y fuego esta noche el referido fortin, que no tiene elementos ni gente bastante para resistir, por cuyo motivo tendrán que sucumbir sus defensores.

—¿Y quiere vd. que yo falte adonde mi honor y mi deber me llaman? De ninguna manera; le doy á vd. las gracias por el interes que se toma por mi vida; pero el enemigo me encontrará disputándole el paso, allí en el sitio mismo que mis jefes me han señalado.

—Cree que era un deber de gratitud avisar á vd. del peligro, y he venido á cumplirlo: por lo demas, nada intento que pueda empañar su honra militar: vd. conoce mejor que yo, lo que es ó no compatible

con su honor de soldado, y me retiro deseando que salga vd. ileso de todos los encuentros.

—Mil gracias.

—Suplico á vd. guarde el mayor silencio con sus compañeros sobre lo que le he comunicado, pues podria perjudicarme si llegase á oídos de mis compatriotas que yo habia revelado su secreto.

—Descanse vd. en mi discrecion: ya los ve vd.: siguen bebiendo, y ni siquiera sospechan el motivo que habrá traído á vd. á este sitio.

—Descansando en su palabra, parto sin temor á Pueblo Viejo, antes que noten mi falta: Adios.

—Adios.

La joven volvió á echarse el velo, y salió dejando al cadete entregado á serias reflexiones.

—Muy cabizbajo has quedado, Ramirez; parece que las noticias que te ha traído esa señorita, no son muy satisfactorias.

Dijo Ortega, despues de apurar una copa.

—Por el contrario, son de suma importancia y de todo mi gusto.

—Me alegro, para que así tenga siquiera algun interes el duelo que vas á tener por ella.

—En el cual me vas á servir de padrino.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿En qué sitio va á tener lugar el desafío?

—Fuera del fortin de la Barra, en donde ambos estamos de guarnicion.

—¿Y á qué hora hemos de salir de aquí?

—Ahora mismo, porque la noche avanza á toda prisa.

—Pues andando.

—Al instante.

Y los dos, despues de despedirse de los amigos que se quedaban tomando café y que estaban de servicio en Tampico, se dirijieron á la Barra en busca del compañero de armas con quien Ramirez debia medir su espada.

## CAPITULO XXII.

La oficialdad mexicana, y una cita.

Mientras Ramirez, acompañado de su padrino, se dirije á la barra en busca de su adversario, trasladémonos á Pueblo Viejo, donde estaba el cuartel general del ejército mexicano.

En un espacioso comedor de las principales casas de la poblacion, con vista á una hermosa huerta, tenia lugar una escena semejante á la que hemos visto desempeñada en el anterior capítulo, por los jóvenes cadetes.

Serian poco mas de las dos de la tarde: un viento terrible y espantoso, últimos res-